



Los dogmas en entredicho

Al acabar de leer la nota oficiosa que la Junta nacional del partido reformista ha dado respecto a las condiciones en que aceptaría el poder, uno de esos hombres de derecha que ahora se están declarando casi socialistas, nos ha dicho: «Pero, hombre, a qué viene aquí esto de la libertad de conciencia? ¿Como si no fuera en España todo lo libre que en cualquier otro país pueda serlo! ¿Quién le impide a nadie pensar como quiera y expresar su pensamiento? ¡Sólo nos fallaba ahora que se resucitase lo del artículo 11 de la Constitución y la libertad de cultos y la separación de la Iglesia y del Estado y demás antiguallas!»

—¿Pues claro está que hay que resucitar todo eso!—le hemos contestado.—¿O es que se creen ustedes que vamos a dejar que sigan en pie ciertas disposiciones legales, aunque el espíritu de los tiempos haga que no se apliquen?...

—Como por ejemplo...

—Como por ejemplo el derecho de los preladados de la Iglesia Católica Apostólica Romana a inspeccionar la enseñanza pública del Estado y a denunciar a éste el que vierta doctrinas contrarias al dogma y la moral católicas.

—Y cuando se ha aplicado...

—Aparte de que se ha intentado aplicar, y no hace muchos años, y aquí, en Salamanca, basta que exista la ley. Y como eso hay otras cosas. ¿O no sabe usted que hay en España un ex sacerdote católico, un apóstata del sacerdocio, que no puede casarse civilmente?

—Es un solo caso.

—Basta que sea uno solo. Uno solo fué, en otro orden, el de Dreyfus.

—Bueno; miren ustedes, no están los tiempos para entretenerse en bizantinismos de esos. Los problemas son problemas económicos, sociales...

—Sí, ya hemos visto que ustedes, los conservadores, profesan la doctrina marxista de la concepción materialista de la historia. Y no deja de ser curioso que mientras se muestran resignados a transigir en las reivindicaciones llamadas sociales, quieren mantener equívocos en lo religioso. Cualquiera creería, y creería bien, que ustedes saben, y si no saben lo presienten, que toda libertad económica es baldía mientras no le acompaña la libertad de conciencia, y que al revés de lo que creen muchos cándidos socialistas, ustedes saben que es la libertad de conciencia fundamento y base de la económica y no ésta de aquella. «Pan y catecismo», dicen ustedes, y en cuanto al pan llegarán hasta a darlo con hartazgo y aun teniendo que privarse del bollo ustedes, con tal de que el que lo recibe no rechace ese catecismo. Es la servidumbre de la mente lo que ustedes reclaman.

—¡Pero usted es un jacobino!—exclamó el hombre.

—Rechazo ese como cualquier otro mote; pero le aseguro que esos problemas de política religiosa, o más bien anticlerical, volverán, aunque los Cambós y otros materialistas por el estilo crean que han pasado de moda. Y el socialismo es algo más que una doctrina puramente económica. El socialismo pide una política en el sentido religioso y hasta es, en cierto modo, una religión.

—Sí, una religión materialista y atea...

—Esa la de ustedes los conservadores, señor mío, la de ustedes. La religión de ustedes, el catolicismo de ustedes, este ca-

toicismo español troglodítico, intolerante, impositivo, eso es puro materialismo y que de cristiano poco o nada tiene. El espectáculo que han dado la mayoría de los católicos militantes españoles durante estos cuatro años ha sido bochornoso. Ha habido que ver cómo han tratado a católicos eminentes de las naciones aliadas contra Alemania y cómo se han puesto al lado de luteranos y de otomanos. Se han sentido más ortodoxos que católicos y han sentido la solidaridad de las ortodoxias todas. Un reaccionario luterano o alico prusiano les estaba más cerca que un liberal y demócrata católico francés, inglés o norteamericano. La religión para ustedes no es más que dogmatismo y autoritarismo, sin que les importe gran cosa el dogma. Se trata de que el pueblo no piense por sí mismo; se trata de ahogar en él todo libre examen, toda inquietud, honda, todo espíritu de rebuasca continua. Y luego que pida más jornal y menos horas de trabajo, y aunque sea el reparto de los medios de producción. Mientras el pueblo repita aquello de «eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder»; mientras se atenga a la fe implícita, a la fe del carbonero, ni el comunismo siquiera les asusta a ustedes, porque saben que acabará por rendirse. Y no, señores, no; hay que suscitar esos problemas; hay que agitar la conciencia religiosa del pueblo; hay que hacerle que piense por sí; hay que enseñarle que esos sacerdotes no saben más que él de Dios y de otra vida. Es un problema de cultura.

—Ya salió aquello!

—Sí, ya salió aquello. Las Misiones jesuíticas del Paraguay tenían un régimen casi socialista, a lo más, casi comunista, comunista más bien, y aquel pobre pueblo cuyas necesidades corporales estaban más que satisfechas no era un pueblo libre y se consumía de tedio. No, no; no van sólo a agitarse problemas de economía social, de estómago, y problemas de personalidad colectiva, de nacionalismo; va a volver a plantearse el eterno problema de la libertad de la conciencia religiosa. Todos los dogmas están en entredicho.

Miguel de UNAMUNO.